
Cine gay, a 25 años de Stonewall

Carlos Bonfil

En los noventa, el cine *gay* es el resultado de 25 años de un activismo político, que se radicaliza por la crisis del sida y el repunte, a finales de los ochenta, de la homofobia. Ante la actitud irresponsable de gobiernos que afirman, con el aval del *establishment* médico —olvidándose entre otros hechos de la tragedia de Africa, donde la mayoría de los enfermos son heterosexuales—, que el sida es enfermedad casi exclusiva de homosexuales (mito de la banalización desdeñosa que retrasa por años la investigación, pues ¿a quién interesa la sobrevivencia de desviados?), la comunidad *gay* responde con nuevas estrategias de lucha. Se reivindica el goce sexual frente a una sociedad cada día más paranoica e intolerante, se crea conciencia sobre la magnitud de la pandemia, se multiplican las marchas de protesta contra los efectos letales de la *moral majority* reaganiana, se denuncia la campaña genocida de un Vaticano que, al prohibir el condón, suprime de golpe ese derecho a la vida que dice defender al hablar del aborto. En la lucha contra la intolerancia y el fanatismo, la comunidad *gay* ha tenido un papel protagónico insoslayable al lograr, desde la periferia, el cambio de actitudes gubernamentales y el doblegamiento de prejuicios colectivos. La homofobia (el odio irracional a los homosexuales) es ahora, más que nunca, un hecho patético.

En las artes, la presencia *gay* ha conquistado numerosos espacios. En Broadway se premió esta semana como mejor obra del año a *Angels in America*, del dramaturgo *gay* Tony Kushner. El cine con temática *gay* también ha acumulado este año premios y recompensas en taquilla: *Filadelfia*, *Noches salvajes*, *Adiós a mi concubina*, *Juego de lágrimas*, *Orlando*, *Fresa y chocolate*, etc. Entre los proyectos inmediatos: *The cure* (Coppola), *Harvey Milk* (Gus van Sant, sobre el activista *gay* asesinado en San Francisco por un homófobo), *The normal heart* (Streisand). En

todo esto no puede verse la explotación de una moda; es el principio del reconocimiento, en medio de una crisis, de temas y opciones expresivos, de un punto de vista diferente, particular y universal a un mismo tiempo, y la tragedia que ahora lo circunda.

A los nuevos cineastas homosexuales los caracteriza su juventud (la mayoría tiene menos de 30 años), su gusto por lo ecléctico, que va de la expresión minimalista al desafío *camp*, su desenfado en la reivindicación de su regocijo sexual, su compromiso en la lucha contra el sida y el virus de la homofobia. Entre ellos destacan Gregg Araki (*The living end*), Tom Kaling (*Swoon*), Todd Haynes (*Poison*), Isaac Julien (*Young soul rebels*), y el canadiense John Greyson (*Urinal y Patience zero*). Son cineastas rabiosamente modernos, que intentan señalar en su discurso que la etiqueta *gay* no se aplica exclusivamente a los homexuales: es, o debiera ser, una actitud universal de rechazo a los dogmas más nocivos de la moral tradicional. Los "maricones" de ayer veían desde la periferia de la autonegación, la caricatura o el drama edípico, las intensidades vitales de la comunidad heterosexual. Los jóvenes *gays* de hoy revelan, con su modernidad expresiva y su compromiso político, un abismo generacional y el anacronismo de la moral dominante. Con una concepción posmoderna del humor paródico, Almodóvar derriba la ramplonería "chistosa" del prejuicio sexista; con un manejo inteligente de la nota roja, Tom Kalin desarticula en *Swoon* el tremendismo hollywoodense; y Gregg Araki reinventa el *road movie* (a la *Bonnie and Clyde*) con la historia de dos jóvenes seropositivos anarquistas, que viven en la delincuencia las últimas euforias sexuales ("¿Prefieres morir por sexo o por amor?"). El cine *gay* subvierte estereotipos, derrumba certidumbres, comienza a borrar las fronteras entre gusto marginal y gusto de mayorías. Tiene pocas posibilidades de distribución efectiva (lo que lo mantiene en la periferia), pero al parecer no por mucho tiempo. En la aceptación del cine *gay* hay todavía condescendencia liberal y morbo. Sin embargo, la calidad de sus productos, la estatura de sus autores (Derek Jarman, Cyril Collard, Gus van Sant, Isaac Julien), sus contribuciones a la modernidad y su espíritu de revuelta, parecen alejarlo, cada vez más, de esa mazmorra medieval en que el choteo y la prepotencia triunfalista de la derecha quisieran confinarlo.